



Autorretrato de un vendedor de crack con cadena y medallón de oro. Este traficante, competidor directo del Salón de Juegos, rotulaba su punto de venta con graffiti. Fotografía de Philippe Bourgois

LA ROPA COOL Y EL PODER SIMBÓLICO

No todas las formas de resistencia contra la subordinación en el empleo legal son tan prácticas y deliberadas como el robo. En principio, la base misma de la cultura callejera y de la fidelidad de jóvenes como Primo y César a la identidad que se fraguan en la calle es el repudio a la marginación que experimentan en el mundo profesional. Las identidades desafiantes de la cultura callejera manifiestan tanto un rechazo triunfal de la subordinación social como una renuencia defensiva, en ocasiones aterrorizada, a reconocer las vulnerabilidades propias. La vestimenta de trabajo, caracterizada por marcadas distinciones según los diferentes rangos y categorías de los empleados, es un terreno útil para comprender esta dinámica, pues es uno de los ámbitos donde el conflicto simbólico y cultural se encarna de manera perceptible. Muchos de los personajes de este libro mencionaron la ropa (la indumentaria inapropiada que utilizaban y la degradante imposición del uniforme laboral) como razón principal para darle la espalda al “trabajo limpio”. Debo admitir que, al comenzar mi trabajo de campo, yo desestimé el tema por considerarlo insignificante. Me llevó varios meses reconocer la importancia

central del vínculo entre esta expresión simbólica de la identidad y las relaciones de poder en el mercado laboral.

El sentido contestatario del “estilo subcultural” de los jóvenes y los sectores socialmente marginados ha fascinado a los sociólogos por muchos años.⁸ Dichos académicos frecuentemente idealizan y exotizan el sufrimiento que conlleva la marginación. En cambio, desde la perspectiva de la sociedad convencional, la obsesión de los jóvenes de la *inner city* por la “ropa cool” no hace más que confirmar los estereotipos de inmadurez, irracionalidad mezquina e incluso patología personal que los caracterizan en las representaciones populares.

En efecto, cuando los jóvenes de bajos recursos se ven obligados a obedecer las órdenes de supervisoras blancas en las oficinas del sector de servicios, el aspecto físico se convierte en un intenso campo de batalla donde el poder se impone y se disputa. En términos generales, esto ocurre cada vez que una persona involucrada en la cultura callejera se atreve a penetrar el mundo blanco de clase media, imperante en la mayor parte del espacio público fuera de la *inner city*. César, por ejemplo, subrayaba los efectos de esta tensión cuando recordaba, rencoroso, sus conflictos laborales. No tenía ni la menor idea de que ciertos atuendos podían provocar ira o sarcasmo en la oficina. Lo enfurecía la “flexibilidad” que le exigía su jefe, lo que demostraba su impotencia y desamparo en este contexto tan ajeno a él. Preocuparse por la confusa etiqueta laboral era un modo de amortiguar la precariedad de su situación:

- César: Cuando yo bregaba en Sudler & Hennessey, la compañía que hacía campañas publicitarias pa empresas farmacéuticas, ellos tenían una etiqueta pa vestir. Yo llevé corbata las primeras tres semanas, pero, este... Bob, ¿qué digo?, Bill, él era mi supervisor, un irlandés bien hijoputa, un tipo blanco, viejo; él me dijo que yo no me tenía que poner corbata si yo no quería. Así que de allí en adelante yo no me la puse.
- Por alguna razón, seguro porque yo era nuevo —yo era el nuevo ayudante en la oficina de la correspondencia— y ellos estaban remodelando, querían que yo hiciera un chorro de trabajo bien difícil. Quitar estantes, limpiar polvo, mapear el piso: trabajos sucios, tú sabes. O sea, yo no quería hacer ese tipo de trabajo con mi ropa buena. Pero yo no podía ir mal vestido, porque entonces el supervisor me decía: “¿Qué te pasa a ti que tú vienes vestido así?”. Es decir: “Como un maleante”. Pero yo me vestía bien, con buenos *baggies*, chambo-nes chéveres y camisas estampadas.
- Pero lo que me daba coraje era que la descripción del puesto no decía que me iban a poner a bregar en construcción. A mí me contra-

taron como auxiliar pa la correspondencia, ¿verdad? Nunca me dijeron que iba a tener que remodelar na. Entonces tenían esa etiqueta, ¿ves? Yo la odiaba. En ese tiempo yo no tenía ropa porque todavía me iba de misión, tú sabes. Así que mi primer cheque lo gasté todo en ropa, pero después tuve que reemplazar la ropa que se me rompió remodelando el sitio.

Primo y César se hallaban en situaciones paralelas: a uno lo humilló tener que buscar en el diccionario la palabra “analfabeto”; al otro, que el supervisor lo acusara de parecer “un maleante” cuando creía estar bien vestido. El problema de César no era únicamente que no tenía dinero para comprar ropa, sino que desconocía completamente qué ropa elegir. Perder esta lucha en el terreno del capital cultural debe ser sumamente desequilibrante para una persona acostumbrada a ser el “cheche del corillo” por su forma de vestir, como me aseguró Willie, el amigo de César desde la adolescencia, en la conversación mencionada anteriormente en este capítulo.

Asimismo, varios meses atrás vi a Primo abandonar un curso de “motivación y capacitación” que dos ex heroinómanos, favorecidos con una subvención privada multimillonaria para poner en práctica su estrategia alternativa de capacitación de poblaciones “inempleables”, ofrecían en el sótano del caserío donde vivía su madre. Primo sentía que el curso era cruelmente denigrante; lo enfurecía, sobre todo, el desdén con el que lo hostigaban por su forma de vestir. La filosofía fundamental de estos cursos de motivación es que “el problema de estas personas es la actitud”. Someten a los clientes a un procedimiento similar al de los campamentos militares: les destrozan la autoestima la primera semana y se la reconstruyen las semanas siguientes haciéndoles interiorizar la epifanía de que la meta de sus vidas es trabajar como mensajeros, vigilantes o dependientes por salarios mínimos. El mayor éxito estadístico del curso se ha dado con mujeres afroamericanas de mediana edad que aspiran a independizarse del régimen de asistencia social en cuanto sus hijos se marchen de casa.

En un principio, mi propia “actitud” ante a la idea de manipular a las personas para animarlas a aceptar puestos mal pagados y tediosos era la de un completo escepticismo. Sin embargo, la violencia y la autodestrucción de las que fui testigo en el Salón de Juegos paulatinamente me convencían de que la explotación en la economía legal era mejor que la exclusión total y completa. En todo caso, logré persuadir a Primo y a varios de sus socios del Salón, entre ellos Candy y Little Pete (que en ese entonces administraba la casa de crack ubicada en la esquina de La Farmacia), de que se inscribieran en el curso. El propio César se vio tentado de apuntarse.

Ninguno de los traficantes asistió a más de tres sesiones del curso. Primo fue el primero en dejarlo tras la charla inaugural y evitó hacer mención de la ex-

periencia por varias semanas. Tuve que insistirle hasta el cansancio para que me explicara su ausencia en las sesiones, que en todo caso eran gratuitas, para que por fin me confesara cuál era el problema. Cada vez que ingresaba en el mercado laboral legal, se sentía inseguro y avergonzado. En el caso particular del curso de capacitación, la ropa y el aspecto físico (nuevamente, el estilo) fueron los medios por los cuales intentó evitar la humillación de someterse a un puesto de menor nivel en el sector de servicios.

Philippe: Oe, Primo, préstame atención. Estoy preocupado por tí, porque yo creo que tú no te das cuenta de algo muy importante. La coca que esnifeas: ese tipo de cosa pasa todas las noches.

Primo: ¿Y qué pasa?

Philippe: Y te desapareciste de la capacitación. Tú dices que el problema es que dejas todo pa más tarde, pero yo creo que tú no le estás dando la cara a algo más profundo. Siempre quieres janguear, esnifear. Tal vez por eso es que nunca regresaste.

Primo: A la verdá, escúchame Felipe, lo que a mí me tenía preocupado era la etiqueta que ellos tenían pa vestir, porque yo no tengo mucha ropa. Ni siquiera tengo una camisa de vestir; sólo tengo un par de zapatos, y en ese programa no te dejan llevar zapatillas. También uno se tiene que poner corbata, ¿no? Bueno, pues yo ni siquiera tengo corbata, sólo la que tú me prestaste. Hubiera tenido que ir con la misma ropa las tres semanas, la misma remera y los mismos majones. ¡Estoy jodío como un bon!

Philippe: ¿Tú te crees que yo me creo esa excusa? Tú no estabas preocupado por eso. Nadie se fija en cómo andan vestidos los demás.

Primo: ¡Felipe, es en serio! préstame atención. Yo pensaba en eso todo el tiempo. ¡Claro que sí! Claro que se hubieran fijado, igual que yo me fijaría si alguien lleva una camisa toa arrugada.

Y yo no quiero ir a una capacitación donde voy a estar todo abochornado. No me podría concentrar, tú sabes. Me denigrarían y me volverían a ver como si yo fuera un mamao, con los mojonos sucios... o viejos, porque sólo tengo un par. ¡Te lo juro! Sólo tengo dos camisas de vestir y a una le hacen falta dos botones. No tenía ganas de decírtelo porque yo sé que suena como una mala excusa, pero eso es lo que a mí me tenía preocupado. El día que fui yo pensé: “Pues no vengo más”.

Además, Felipe, mírame que estoy [muy] flaco. Tengo que tener cuidado de lo que me pongo pa que no piensen que yo fumo piedra.

Philippe: [nervioso] Mierda. Y yo estoy más flaco que tú. La gente debe pensar que soy tecato.

Primo: No te preocupes. Tú eres blanco.

Lógicamente, el problema es más profundo que la falta de dinero para comprar ropa. El racismo y otros indicadores más sutiles de poder simbólico se manifiestan en la indumentaria y el lenguaje corporal. Para Primo, el mayor problema era su desconocimiento del tipo de ropa adecuado para trabajar; al igual que César, temía lucir como un payaso al hacer el intento de vestirse bien. Tiempo después, Primo me confesó que la gota que derramó el vaso fue que en la sesión inicial del curso alcanzó a oír que acusaban a Candy de vestir chabacanamente. Ese día, Candy estrenaba con orgullo un traje amarillo muy ajustado que a Primo y a su madre les pareció muy elegante cuando fue a su casa a mostrárselo antes de la primera clase.

FRAUDES SINDICALES: RACISMO Y EXTORSIÓN

El aislamiento en la cultura callejera es una estrategia para evitar las experiencias denigrantes que Candy, Primo y César deben soportar cuando dejan su círculo social en busca de empleos legítimos. No obstante, todos los personajes de este libro, incluso los que albergan mayor resentimiento, reconocen que un trabajo sindicalizado es a todas luces mejor que la venta de drogas. Ven con buenos ojos, sobre todo, el sector de la construcción, que ofrece la mayor cantidad de puestos básicos accesibles en Nueva York y armoniza con las definiciones callejeras de la masculinidad incluso en mayor medida que el sector industrial.⁹ El propio César me corrigió cuando lo acusé de ser demasiado perezoso como para trabajar en construcción. Enmarcado por la puerta del Salón de Juegos en su puesto de vigilante, sacó el pecho y alzó los puños al estilo del Capitán Planeta.

César: No, pana. ¿De qué tú hablas? Está bien la construcción.

Mírame el cuelpo. Tengo el cuerpo que uno necesita pa ser constructor.

No lo tengo como Primo [señala a Primo, que atiende a un cliente]; él tiene un cuerpo que es mejor pa bregar en envíos de paquetes [se oyen disparos].

Para mi sorpresa, César me confesó que, antes de empezar a trabajar en el Salón de Juegos, su único intento por convertirse en constructor había frac-

sado, aunque su experiencia en el sector fue menos humillante que la catástrofe que atravesó en Sudler & Hennessey. Es sabido que la industria constructora neoyorquina es un ámbito racista reservado a los obreros blancos bien pagados, protegidos por sindicatos controlados por la mafia.¹⁰ Pero desde los años setenta, un conjunto de organizaciones de fomento de grupos étnicos minoritarios se ocupa de presionar a las empresas constructoras para que contraten a obreros locales para realizar obras en sus vecindarios. Irónicamente, para este fin utilizan los métodos violentos introducidos por la antigua mafia: reclutan hombres de la estatura corpulenta y disposición irascible de César para que formen piquetes e intimiden a las empresas hasta que accedan a incorporar a trabajadores afronorteamericanos y latinos en su fuerza laboral. Los manifestantes más efectivos reciben como premio uno de los escasos puestos disponibles en las construcciones donde las rudas tácticas tuvieron éxito.

Gracias a su corpulencia y su capacidad para desplegar violencia en público, César se ganó uno de estos puestos en una manifestación organizada por "Harlem Fight-Back" [Harlem Contraataca], una de las agrupaciones más conocidas y legítimas entre las que buscan romper la homogeneidad étnica de la industria constructora. Pese a su brillante éxito como manifestante, César se desmoronó cuando tuvo que dejar la membrana protectora de las tácticas callejeras. Se encontró, de súbito, tras un muro racista levantado por colegas exclusivamente blancos.

Pagaban bien, tú sabes. Catorce pesos por hora. Pero yo era el único puertorriqueño; todos los demás eran italianos. Y aparte, nunca me pagaron.

Lo que pasa es que me empezaron a pasar de mano en mano como un títere. Me asignaron a bregar en una demolición, pero el capataz no sabía que me habían contratado; entonces siempre que yo iba me mandaban de un edificio a otro, a otro, a otro.

Y los italianos, que eran grandotes, como de cuarenta años, me preguntaban: [tosco] ¿Qué tú haces aquí?

Y yo: [encoge los hombros, indefenso].

Y ellos: [rudo] ¿A ti quién te contrató?

Y yo les decía quiénes me contrataron. El problema es que el sindicato nunca me mandó los papeles; no me dieron tarjeta pa marcar las horas ni na de eso. Entonces yo iba a trabajar pero nadie sabía quién yo era. Yo llegaba al *site* y me encontraba a todos los trabajadores esperando a que el jefe dijera: "Okey, manos a la obra". Tonces se ponían a trabajar, ves, y yo me metía donde fuera.

Pero nadie sabía quién yo era. Me preguntaban: "¿Quién te contrató?", "¿Adónde está tu tarjeta?"